

Caminado con Cristo

Testimonios de una vida por fe



+

Charlotte Teubner

“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.”

Romanos 14:7-8



Contenido

¿Quién es Charlotte Teubner?	3
Cristo ama a los niños	4
Entrega toda tu vida a Cristo	5
El Señor es nuestro refugio	6
Él nos libera de la angustia.....	7
Yahveh es una torre fuerte	8
Bajo Sus alas estarás seguro	9
Cristo nos sana de cualquier mal	10
Somos una nueva criatura en Cristo	11
Dios siempre nos sostiene	12
Él les responde a las ovejas fieles	14
Hemos sido creados para buenas obras	15
Dios escucha nuestras oraciones	16
Dios guía nuestros pasos.....	17
Alabadle en todo tiempo	18
Dios siempre provee para Sus hijos.....	19
Dios guarda nuestros caminos	20
Somos portadores de la voz del Evangelio	21
Su palabra es siempre fiel	22
La Palabra es pan de vida eterna	23
La fe sana al pecador	24
La oración con fe abre caminos	25
Tenemos el ministerio del evangelio.....	26
Mi gozo es hacer Tu voluntad	27
Amemos a todos sin hacer diferencias.....	28
Servir para Su honra y gloria.....	29

¿Quién es Charlotte Teubner?

Charlotte Teubner, conocida como la Hermana Carlota, es una misionera cristiana alemana que nació en Berlín antes de la Segunda Guerra Mundial. La segunda de cuatro hijos de una familia cristiana, vivió los seis años de la Segunda Guerra Mundial bajo el gobierno de Hitler. Durante esa guerra, conoció los principios de la providencia maravillosa de Dios y Su cuidado en tiempos de peligros y hambruna. En su vida posterior a la guerra, Dios fue su Guía fiel durante su servicio misionero en Alemania, Inglaterra, África y, por último, Panamá.

En Panamá, luchó fuertemente contra las creencias religiosas de la tribu guaimí y contra el dominio de los malos espíritus. Esas creencias pronto perdieron su poder cuando se dio a conocer el evangelio y la existencia de un Dios de amor. Gracias a la predicación y a algunas traducciones de la Palabra de Dios realizadas por primera vez en una escritura ideada para la tribu guaimí, Dios permitió que se presentara el evangelio con el fin de que nacieran muchas iglesias.

En sus últimos años de vida, a principios del 2011, Carlota publicó su primer libro en alemán, titulado “Ich Erzähle von Allen deinen Wundern” (“Cuento de todas tus maravillas”), donde da testimonio de su fe y su vida misionera, con el objeto de fortalecer e invitar a muchos lectores a creer en Jesucristo y de que, incluso, para que muchos decidan entregar sus vidas totalmente a Él como “único Salvador”. Sus escritos biográficos, que se entregan en forma resumida en las siguientes páginas, comparten testimonios de una vida de fe guiada por la voluntad de Dios, y de un caminar con Cristo desde la niñez hasta los últimos días de servicio misionero en el nombre de nuestro Señor Jesús y para la gloria de Él.

Carlota culminó su carrera terrenal el 19 de septiembre del 2014 y entró a la presencia de su Amado Salvador. El capítulo final de su vida todavía no se ha escrito, porque la semilla que ella sembró sigue floreciendo abundantemente hasta el día de hoy.



Cristo ama a los niños

1924

Cuando Carlota tenía tres años, su padre la llevó a la iglesia. Ella, muy emocionada, sintió que había entrado al cielo. Este sentimiento la embargó aún más en la clase que se impartía para los niños, cuando oyó lo que su tía Ida hablaba con tanto gozo del Señor Jesús y del gran amor que nuestro Salvador había mostrado hacia los niños. Sin embargo, a pesar de lo emocionada que se encontraba, sintió gran dolor en el corazón al ver que algunos niños no amaban a Cristo y se burlaban de Él. “¿Qué quieres hacer cuando seas grande?”, le preguntó la tía a su sobrina de tres años. La pequeña Carlota contestó: “Quiero ayudar a otros”. Su tía no se mostró satisfecha con la respuesta, pero era porque no sabía que el ayudar a otros sería la misión más importante en la vida de Carlota.

“Dejad que los niños vengan a mí”. (Marcos 10:14)



Entrega toda tu vida a Cristo

1937

Todos nosotros, en un momento dado, tenemos que tomar decisiones en nuestra vida. Algunas no son muy importantes, pero otras son sumamente significativas para nuestro caminar. A los 16 años, Carlota asistió a una reunión que se realizó en un anfiteatro en un bosque de Berlín donde se congregó a una gran cantidad de gente (alrededor de tres mil creyentes). Junto a 200 jóvenes, Carlota cantó himnos de alabanza. El predicador habló sobre la decisión más importante de nuestra vida, que es entregarle nuestra vida a Cristo, no en un 99 por ciento, sino en un 100 por ciento y para toda la vida. Con los otros jóvenes, Carlota entonó el himno de alabanza que inicia con las palabras: “Dios te sigue llamando...”, y finaliza con las palabras “...Aquí estoy, te entrego mi vida completamente”. Carlota reconoció que había seguido a Jesús parcialmente, y ese día decidió rendirse completamente a la voluntad de Dios. De allí en adelante Dios sería el guía de su vida. Muchas veces su propia voluntad la llevaría por caminos que no eran los de Dios, pero Él la corregiría siempre para que anduviese en el camino que Él sabía era el mejor para ella.

“Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan 8:12)



El Señor es nuestro refugio

1939

En los años en que Carlota asistía a la escuela, hubo mucha incertidumbre debido al inicio de la Segunda Guerra Mundial (1939). Sus mejores amigas, que eran judías, fueron obligadas por sus padres a salir de Alemania y migrar a Inglaterra. Esto fue difícil de entender para Carlota, porque sabía que el amor de su familia hacia los judíos se justificaba en que Jesús, el hijo del hombre, fue judío. Ella y sus padres desconocían en aquel momento lo que pasaba con los judíos en los “campos de concentración” o campos de muerte. Aunque Hitler, el iniciador de tantas muertes, se suicidó años más tarde al verse vencido en la Segunda Guerra Mundial, la incertidumbre no desapareció, porque luego los soldados rusos, que eran comunistas ateos, se apoderaron de la ciudad de Berlín, incluyendo Charlottenburg, donde ella vivía.

“Señor Dios, Tú eres nuestro refugio de generación en generación.” (Salmos 90:1)



Él nos libera de la angustia

1945

Casi todos los soldados rusos que se apoderaron de Berlín después de finalizar la guerra en 1945, eran comunistas ateos y parecían implacables en su búsqueda de un “botín de guerra”. Los estudios farmacéuticos, que sólo llevaban dos años, se vieron interrumpidos, tras la llegada de los rusos a Berlín y la destrucción total de las universidades. Un día, mientras iban de puerta en puerta en varios barrios de Berlín, dos soldados rusos entraron en el apartamento de los padres de Carlota. Al entrar por la puerta, la primera palabra dijo fue: “Vodka”. El padre de Carlota no permitía licor en la casa, pero una tienda de abarrotes, el tendero, al no poder vender su vodka, recientemente les había regalado a él y a otras personas botellas de licor. La madre de Carlota había vaciado ya la mayor parte del vodka por el desagüe, pero todavía quedaba media botella, que rápidamente les dio a los soldados. Uno de ellos se tomó lo que había en la botella, pero insatisfechos, ambos siguieron buscando objetos de valor, especialmente joyas de oro. “Uri, Uri” (término mal dicho en alemán para “reloj de oro”), dijeron los soldados. Después de que la madre de Carlota les diera el reloj de oro de su esposo Fritz, los soldados se fueron y la familia, aliviada, dio gracias a Dios por Su protección.

“Tú eres mi refugio; me guardarás de la angustia.” (Salmos 32:7)

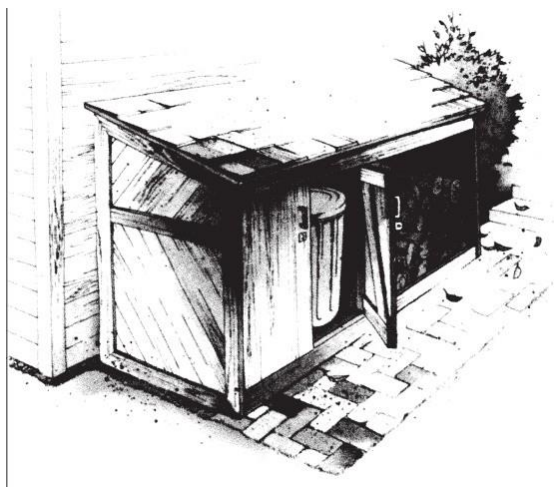


Yahveh es una torre fuerte

1945

Un día, escondida en el sótano, Carlota escuchó a los soldados rusos deambulando por el pasillo de su edificio, golpeando las puertas de varios apartamentos con las culatas de sus rifles para abrirlas. Utilizando velas y linternas, recorrieron las casas en busca de cosas valiosas. “Señor, ¡haz que los soldados no entren a mi apartamento!”, oró Carlota en silencio. Pero pronto se les oyó en la puerta principal. “Señor, ¡haz que no puedan romper la puerta!”, se apresuró a orar de nuevo. Para su consternación, oyó ceder la puerta del pequeño apartamento y a los soldados entrar en estampida. Ella sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que encontraran la puerta de su refugio en el sótano. En la esquina trasera de la sala de almacenamiento, Carlota estaba escondida en una caja de madera donde su familia almacenaba leña. Como estaba abierta en la parte superior, la caja la dejaría totalmente al descubierto tan pronto entraran en la habitación. “¿Qué debo orar?, pensó, “¿acaso Dios no escuchó las oraciones?” Pero en ese momento de extremo peligro, el Señor trajo a su mente la promesa de Proverbios 18:10: “El nombre de Yahveh es una torre fuerte: A él correrá el justo, y estará seguro.” “¡Señor Jesús, construye un muro alrededor de mí para que mis enemigos no sean capaces de verme!”, exclamó. En pocos momentos, fue claro que Dios cegó los ojos de los cuatro soldados rusos que habían entrado en la habitación de almacenamiento de su familia. Sus linternas alumbraron toda la habitación e incluso la caja donde Carlota se escondía, pero milagrosamente no la vieron. Pronto oyó que se dirigían hacia las escaleras, donde había otros soldados esperando. La fe había prevalecido y Carlota vívidamente recordaría que la Palabra de Dios significa exactamente lo que dice.

“El nombre de Yahveh es una torre fuerte. A él correrá el justo, y estará seguro.” (Proverbios 18:10)



Bajo Sus alas estarás seguro

1945

Durante la guerra, al notar que vivían en tiempos muy peligrosos, los padres de Carlota constantemente le insistían que se escondiese. Hubo un tiempo en que Carlota y otra joven alemana, comenzaron a pasar las noches en un apartamento abandonado en el quinto piso del edificio, ya que, debido a la preferencia de los rusos por los pisos inferiores, era probable que no llegaran allí. Todas las noches subían con su ropa de cama hasta el quinto piso. A pesar de que había sido quemado una vez por una bomba de fuego que había dejado al descubierto las vigas del techo, ellas dormían allí sanas y salvas, bajo el abrigo del Altísimo. Cada mañana, los soldados rusos abrían las puertas de la ciudad y traían a personas para ayudar con la limpieza de la ciudad devastada por la guerra. Ya fuese joven, viejo, enfermo o sano, todos tenían que ir con los soldados a realizar este trabajo agotador. Incluso los padres de Carlota se vieron obligados a participar. Pero debido al peligro extremo que había para las mujeres jóvenes durante este tiempo, Carlota simplemente pasaba los días escondida y en clandestinidad. Y aunque el peligro siempre era inminente, un notable testimonio de la providencia de Dios es que, aunque los residentes de todos los edificios vecinos sufrieron numerosos asesinatos y violaciones a manos de los soldados rusos, ninguna de las setenta familias que vivían en el edificio de los Teubner (Carlota y su familia) fue tocada por este horror. Dios colocó a Su ángel alrededor de todo el edificio, donde vivía una familia que conocía a Dios.

“Él te librará del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y bajo sus alas estarás seguro.” (Salmos 91:3-4)



Cristo nos sana de cualquier mal

1947

Aproximadamente dos años después de la guerra y en el tiempo en que Carlota fue maestra de religión, el pastor de una de las iglesias misioneras de la ciudad de Berlín le habló de una oportunidad única para evangelizar a niñas y mujeres prostitutas en Berlín. Claramente abrumada, Carlota exclamó: “No puedo hacer eso. Ni siquiera sé lo que es o hace una prostituta.” Pero el pastor Raeder le suplicó: “¿No puede por lo menos orar por ello a Dios y preguntarle qué es lo que Él desea que usted haga?” Carlota entonces accedió a orar. En poco tiempo Dios la guió a una enfermera soltera llamada Martha Scharbius, nativa de Berlín y valiente discípula de Cristo. Carlota le comentó del ministerio evangelizador y Martha inmediatamente sugirió que tal vez pudiesen hacerlo juntas. Carlota ni siquiera sabía dónde en la ciudad podían iniciar esa labor, pero Martha sí. Un día, muy tarde en la noche, después de prepararse para el ministerio por medio de la oración, las dos mujeres emprendieron el camino hacia uno de los distritos de la “zona roja”. Cada vez que se aproximaban a alguna prostituta, ésta se alejaba. Esto pasó repetidamente. Finalmente, Martha tuvo una idea: ir sola y hablarles. Caminó hacia las siguientes prostitutas que vieron, y, complacida de que no huyeran, indicó amablemente: “Soy Martha. Te amo y quiero ayudarte si estás en problemas y necesitas ayuda.” Las prostitutas, que habían crecido acostumbradas a tratos ásperos y al desprecio de prácticamente todo aquel que conocían, se sintieron abrumadas por el tono de voz de Martha. Una de las jovencitas, por impulso, la abrazó y besó. “Mi nombre es Puppi y ésta es Mitzi,” le dijo, señalando a otra de las jóvenes, obviamente complacida de haber encontrado a una amiga verdadera. Martha regresó al lugar donde esperaba Carlota y exclamó: “Ellas se sintieron tan felices de que alguien se preocupara por ellas, que hasta me dieron un beso y un abrazo.”

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.” (Marcos 2:17)



Somos una nueva criatura en Cristo

1948

Carlota y otros berlineses recibieron una carta de invitación para ir a Inglaterra. Todos eran jóvenes, pero los otros estudiantes parecían estar más educados que ella. Cuatro salieron con ella desde Berlín y una vez fuera de la zona rusa, otros veinticinco jóvenes estudiantes alemanes se unieron al viaje. Llegaron a las costas holandesas y tras ocho horas agotadoras cruzando el canal inglés, desembarcaron en Inglaterra donde todavía les faltaba realizar un viaje en tren y otro en bus. Esperando para darles la bienvenida a Inglaterra estaba un caballero llamado Ian Thomas, un ex comandante de la armada británica. “¿Qué va a hacer él con nosotros? ¿Nos va a poner en prisión?”, se preguntaron algunos, un poco preocupados. Pero Thomas sólo tenía buenas intenciones para con ellos. Les habló amablemente y ellos le entendieron a pesar de su limitado conocimiento del inglés. Luego los llevó a un castillo majestuoso que sería su casa en las siguientes seis semanas. Su anfitrión les indicó que los cuartos habían sido previamente utilizados por la realeza. Luego los guió hacia una sala grande, donde un número de familias cristianas les esperaba cantando: “¡Corónenlo con muchas coronas, el cordero está en su trono!” Carlota pensó: “¡Debo estar en el cielo!” Desde Alemania, devastada por la guerra, Dios la había trasladado a un palacio lleno de familias cristianas. Sin embargo, de los treinta alemanes que viajaron a Inglaterra, sólo Carlota era cristiana. En el viaje, uno de ellos le había expresado que no estaba interesado en convertirse y muchos otros parecían compartir esta perspectiva. A pesar de sus burlas, el comandante Thomas y otros evangelistas presentaron la Palabra de Dios diariamente, y el Espíritu Santo fielmente convenció a los jóvenes de sus pecados y de la provisión de Dios de un Salvador. Uno por uno, reconocieron su necesidad de arrepentirse, creyeron en Cristo Jesús y entregaron toda su vida a la voluntad de Dios. Seis semanas después, los treinta estudiantes alemanes regresaron “portando la antorcha de la luz del evangelio”, listos para divulgar las buenas nuevas. Nadie sabía que en años venideros Dios los utilizaría en su país y más allá. Carlota llevó el evangelio al este de Alemania, a Marruecos y, por último, a Panamá. Un miembro del grupo fue misionero en el Sur de África el resto de su vida. Otro joven alemán fue nombrado Ministro del Interior de Alemania y llegó a ser el más alto juez en rango en el Ministerio de Justicia. La mano de Dios y sus bendiciones fue visible en los sacrificios y visión de los cristianos británicos y su esfuerzo único de llevar el evangelio a la gente alemana. Los que una vez habían sido sus enemigos, ahora eran con ellos “uno en Cristo”.

“Por ello, si algún hombre está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.” (2 Corintios 5:17)

Dios siempre nos sostiene

1949

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue dividida en cuatro zonas [Estados Unidos (sur), Gran Bretaña (occidente), Rusia (oriente) y Francia (norte)] bajo el mando de países aliados que habían peleado contra Alemania durante la guerra. Debido a que los accesos por tierra a Berlín fueron bloqueados por el Ejército Rojo (organización de obreros y campesinos rusos), impidiendo que llegaran provisiones hacia esta capital; los aliados idearon una estrategia de aprovisionamiento utilizando aviones, llamada “Puente Aéreo”. En mayo de 1949, este “puente” dejó de existir gracias a un acuerdo entre las cuatro naciones aliadas; y los berlineses del oeste fueron una vez más libres de viajar del oeste de Berlín al este de la ciudad, sector controlado por rusos comunistas y conocido como la “zona rusa”. Sin embargo, esta zona era un lugar peligroso de visitar. Durante esos tiempos, líderes del grupo teológico conservador dentro de la iglesia luterana alemana, se acercaron a Carlota para solicitarle sus servicios en un ministerio hacia personas jóvenes en iglesias “secretas” que se congregaban en casas localizadas en la zona rusa. Carlota se sorprendió que incluso los líderes utilizaran el término “zona rusa”, ya que era ofensivo para el nuevo gobierno y cualquiera que se encontrase utilizando ese nombre dentro del país podía ser encarcelado. Le preocupó también el verdadero peligro que implicaba tal ministerio. La gente del este de Alemania sólo tenía permiso de congregarse en iglesias manejadas por el gobierno y que consecuentemente controlaban los espías comunistas. Congregarse secretamente era, en el este de Alemania, un crimen seriamente castigado con un tiempo significativo en prisión. Carlota oró por muchos días, y pensó y habló con los pastores que patrocinaban este proyecto, así como con otros cristianos maduros que conocía. En su confusión ella clamó a Dios: “Padre Celestial, ¿cuál es tu plan para mí en relación con este ministerio?” Repentinamente sus ojos se posaron en unos versículos bíblicos de un calendario en la pared de su cuarto—Mateo 14:29-31: “Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, anduvo sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse dio voces, diciendo: ¡Señor sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió a él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” En la intimidad, el Espíritu Santo le hizo saber a Carlota que estaba haciendo lo mismo que Pedro. “No mires los peligros, sólo a Jesús”. Este fue el mensaje que la voz de Dios le hizo sentir en su corazón. Con la fe reforzada, Carlota decidió finalmente aceptar el ministerio que, aunque peligroso, fue un importante llamado de Dios en su vida.

“No temas; porque yo estoy contigo: no desmayes; porque yo soy tu Dios: Yo te daré fuerzas; y te ayudaré; y te sostendré con la mano derecha de mi justicia.” (Isaías 41:10)



Él les responde a las ovejas fieles

1950

Carlota llevaba tres años trabajando en una escuela en Berlín como maestra de religión, cuando Dios le hizo un llamamiento. La iglesia evangélica en la zona rusa deseaba que ella visitara y ayudara a grupos de jóvenes en esa zona. Aunque tenía miedo de los rusos, Carlota aceptó ir bajo la protección poderosa de Dios. Los jóvenes cristianos sólo tenían permiso de reunirse en iglesias bajo el control de los espías rusos. Pero la mayoría se reunía en casas. En estas reuniones ilegales Carlota habló con jóvenes hambrientos de la Palabra de Dios y dispuestos a oír y hacer Su voluntad. En una reunión Carlota se refirió a la pregunta de Pilatos: “¿Qué haré yo con Jesús llamado el Cristo?” Ella preguntó: “¿Cómo responden ustedes?” Seis muchachas jóvenes respondieron que deseaban entregarse a Jesús. Se arrodillaron delante de las sillas y cada una le entregó su vida a Cristo. ¡Qué victoria! Ese día se hizo tarde y después de las 9 de la noche, las calles eran muy peligrosas. Cuatro de las que aceptaron a Cristo vivían lejos y Carlota se ofreció a acompañarlas. En cuestión de minutos apareció un carro lleno de más o menos 40 soldados rusos borrachos que se les acercaron gritando como endemoniados. El carro se detuvo y todos querían bajarse para violar o tal vez matar a las jóvenes. “Señor, ¡ayúdanos!”, oraron ellas con todas sus fuerzas, y el carro arrancó y se fue. Ellas echaron a correr por la calle. En eso vieron otro carro y lo mismo volvió a ocurrir. Ellas volvieron a orar: “Señor, ¡ayúdanos! Ahora sí que estamos perdidas”; pero el carro también arrancó y se fue.

“Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; la libraré y le glorificaré.” (Salmos 91:15)



Hemos sido creados para buenas obras

1950

El país de Alemania fue dividido en cuatro zonas. El viaje de la zona occidental a la zona oriental (zona rusa) no era fácil. Al entrar en esta zona había que pagar y cambiar la moneda occidental de mayor valor por la moneda oriental de menor valor. En el área fronteriza todo era controlado, especialmente la literatura. Una vez Carlota tuvo que cruzar a pie desde la zona americana hacia el puesto de control de la zona rusa. Los policías de esta zona no tenían nada que hacer así que decidieron meterle miedo a esta joven alemana. Uno de los policías le tomó el bolso donde ella tenía dinero, algunos papeles y cartas. El hombre sacó una carta y comenzó a leerla. En esta carta ella daba la descripción de un líder juvenil y de cómo podía salir de la zona rusa hacia Berlín. Eso era un crimen muy grande, castigado con años en la cárcel. “Señor, ayúdame”, oró Carlota en silencio. “¿Tiene usted permiso de leer cartas privadas?”, se atrevió ella a preguntar. “Sí, sí me es permitido”, respondió el policía. “Pero a usted no le gustaría que yo leyera sus cartas de amor”, indicó Carlota. El hombre la miró y le devolvió la “peligrosa” carta a Carlota. Gracias a Dios él había leído sólo la primera página, porque en la segunda página estaba escrito como podía el joven salir de la zona rusa. Después, Carlota les preguntó a los hombres: “¿Creen ustedes en Dios?” “No”, dijeron ellos, burlándose. “Yo sí”, indicó Carlota. “Creo que Dios nos ama mucho y mandó a Su hijo Jesús para salvarnos de la muerte eterna y darnos vida eterna.” Todos callaron al oír este mensaje, pues era algo nuevo para ellos. Y en ese momento Carlota pasó de ser su enemiga a ser su amiga. Le enseñaron el camino hacia el tren a Berlín y se despidieron. El joven recibió la carta y logró salir de la zona rusa, se preparó como pastor y más tarde, fue obispo de las iglesias alemanas en África del Sur.

“Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:10)



Dios escucha nuestras oraciones

1959

Ser misionera se convirtió en el sueño de Carlota. Ella empezó a orarle seriamente a Dios por ese ministerio y a pedirle su dirección, pero Dios simplemente le decía: “Espera”. Algunos libros escritos por cristianos devotos habían desempeñado un papel importante en su niñez. A ella le inspiraba mucho leer sobre misioneros en África o la India que proclamaban las buenas nuevas de Jesús, el Salvador del mundo. Las semillas que se habían plantado en sus primeros años, crecían en su corazón mientras esperaba en Dios y releía las viejas biografías. Carlota se preguntaba: “¿Es esto lo que Dios quiere para mí? ¿Debo convertirme en misionera para África o la India?” Irónicamente, ella nunca consideró seriamente la posibilidad de ir a Suramérica, a América Central o a otro lugar. Pero ninguna puerta se le abrió, y parecía difícil imaginar que ese servicio misionero fuese aún posible ya que después de la guerra muchos países les negaban visas a los alemanes. Para hacer las cosas aún más difíciles, muchas agencias misioneras consideraban que, a sus 37 años, Carlota era muy vieja para iniciar una carrera misionera. En silencio y con solemnidad, ella sintió que debía enterrar su sueño de niña y aceptar que era demasiado tarde ya. Pero a menudo, Dios espera que rindamos nuestros sueños a sus pies antes de revelar el camino perfecto que nos ha preparado y que suele ser mejor que el que habíamos deseado. Carlota se sorprendió totalmente cuando le llegó una carta de una misión alemana en Marruecos: “Necesitamos a una madre de casa para nuestra pequeña escuela hispana bíblica en Tánger, y creemos que usted es la persona ideal para esa posición”, decía la misma. Triunfante, Carlota agitó la carta frente a su mamá, exclamando: “Misión Extranjera”. Dios le estaba abriendo las puertas para servir en África. Pero era necesario que se cumplieran ciertas condiciones, las cuales ella pronto elevó al Señor en oración. Dios se las concedió en poco tiempo. Tuvo que aprender el idioma español, ya que esta nación islámica ubicada al norte de África, por su proximidad a España, en su mayoría hablaba español. Aparte de la oportunidad de ministrar espiritualmente a sus estudiantes, Carlota fue invitada por una misión cercana a servir en la radiodifusión de programas evangélicos que se daban en 29 idiomas, incluyendo el alemán.

“Pídeme y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.” (Salmos 2:8)



Dios guía nuestros pasos

1959

Carlota tuvo que volver a Alemania, debido al decreto del rey de Marruecos que obligaba a los misioneros a salir del país y a cerrar sus estaciones de radio. Aunque las puertas se abrieron para trasladar la estación a Mónaco (sur de Francia), ella estaba decidida a regresar a Alemania. Allí volvió a preguntarle a Dios: “¿Qué deseas ahora que yo haga?” Mientras oraba por la dirección de Dios en su vida, Dios grabó en su mente y corazón la idea de traducir la Biblia a un lenguaje de un grupo tribal que no contara con la Palabra de Dios en su idioma. Para algunos, la idea de iniciar una traducción de la Biblia a otro lenguaje parecía un llamado peculiar, especialmente para una mujer soltera que estaba a finales de sus treintas. Pero para Carlota esta idea brotó de forma natural de su amor por Dios, su amor a Su Palabra, e incluso su amor a su herencia espiritual. Mientras oraba para hacerlo posible, por la providencia de Dios, Carlota se enteró de un curso de lingüística de tres meses que se impartía en Londres, Inglaterra, y estaba diseñado para preparar a misioneros para trabajar como traductores de la Biblia. Los estudiantes aprendían a analizar un lenguaje que no tuviera escritura, y cómo traducir la Biblia a ese lenguaje. Carlota nunca había escuchado de los traductores de la Biblia Wycliffe, pero, aun así, les escribió solicitándoles entrar en el programa. A pesar de la gran cantidad de personas matriculadas en el curso, y que ya había finalizado el plazo de la solicitud, Carlota fue aceptada. Así que después de una breve estancia en Alemania, partió para Inglaterra. La pequeña sociedad misionera alemana que la había mandado a Tánger pagó el viaje y el curso de lingüística en Inglaterra. Durante el tiempo que duró el estudio, ella analizó con fascinación y emoción dos lenguajes tonales de África: el twi y el yoruba; y los tres meses de estudio intensivo le parecieron solo días. La emocionó también el contacto con otros misioneros y candidatos a misioneros. Gracias a muchas conversaciones dentro y fuera de clase, Carlota se enteró de algunas cosas de los misioneros que trabajaban con tribus, y se le abrieron los ojos respecto a la poca preparación que tenía y a la necesidad de que Dios la guiara en su siguiente paso.

“Porque tú eres mi roca y castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás.” (Salmos 31:3)



Alabadle en todo tiempo

1960

Mientras estudiaba lingüística en Londres, Carlota descubrió que los trabajos misioneros con grupos tribales requerían un conjunto de habilidades para ser eficaz y funcional. Un misionero a tribus a menudo necesita ser doctor, dentista, lingüista (capaz de crear un lenguaje escrito donde sólo existe uno oral), traductor de la Biblia, maestro de literatura, maestro de enseñanzas bíblicas o pastor. También puede ser constructor (para construir casas, clínicas, el santuario de la iglesia, etc.), granjero (para cuidar caballos, gallinas y otros animales domésticos que pueda haber) o un astuto antropólogo cultural (para aprender cómo piensa la gente tribal respecto a Dios, el mundo, su familia, su tribu y una serie de otros temas que constituyen el fundamento de la cultura). Carlota descubrió también un hecho importante: Los grupos tribales aislados rara vez tienen acceso a servicios médicos adecuados y su mayor preocupación en la vida tiene que ver con su salud física. Claramente, ella necesitaba más preparación en el área de salud y medicina. Mientras se informaba, se enteró de una escuela en Londres que ofrecía un año intensivo en medicina para candidatos a las misiones. Con fe en que ese curso era la preparación adicional que necesitaba, le escribió a la misión alemana que le había patrocinado sus estudios de lingüística, solicitando apoyo y aprobación, pero ambas cosas le fueron negadas porque tenía treinta y nueve años y era considerada muy vieja para iniciar trabajos en tribus remotas. En llanto, Carlota se arrodilló y le preguntó a Dios: “¿Cuál es tu voluntad? ¿Debo regresar a Alemania o continuar mi preparación para ministrar en una tribu?” La respuesta fue: “Continúa preparándote por fe para el trabajo en una tribu”. Con la seguridad de estar siendo guiada por Dios, Carlota se matriculó en el curso de medicina y por primera vez en su vida, le entregó todo a Dios. Juntó lo que quedaba de sus ahorros, y se mudó a una pensión para mujeres solteras, temerosa de preguntar cuánto costaba. Aunque fue cuidadosa para usar sus recursos financieros, llegó el día en que casi no tenía dinero. Angustiada, clamó a Dios: “¿Qué he hecho mal? En Tu Palabra prometiste, ‘Buscad, primeramente, el reino de Dios, y su justicia; y todas las cosas te serán añadidas’. ¿Por qué ya no tengo recursos?” Pero era claro que algo impedía que Dios la bendijese. Mientras oraba, vino la respuesta por la Palabra de Dios: “Él que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordene su camino, le mostraré la salvación de Dios” (Salmos 50:23). Entonces, empezó a ofrecer alabanzas a Dios. Después de todo, en muchas maneras Dios la había bendecido y había cuidado de ella. Tenía el amor de su Padre Celestial y Su Palabra preciosa para alentarla en su fe. Aún gozaba de buena salud y podía estar en una buena escuela de medicina. Tenía buenos maestros y compañeros estudiantes que eran cristianos. Todavía le quedaba algo de comer y tenía ropa que ponerse. A medida que fue orando, también pidió perdón por su ingratitud. Cuando se levantó de orar, se sintió tan millonaria como la reina de Inglaterra y se acostó con el corazón lleno de gratitud.

**“El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordene su camino, le mostraré la salvación de Dios.”
(Salmos 50:23)**

Dios siempre provee para Sus hijos

1960

Una mañana mientras se dirigía a la escuela de medicina, Carlota se dio cuenta finalmente que su recurso económico se había agotado y se sintió muy angustiada. Pero para su sorpresa, al llegar el correo de la mañana recibió 10 marcos que le enviaba su madre. “Gracias, Señor,” susurró, “eres tan bueno”. Como no tenía fondos, no había llevado almuerzo, pero a la hora del té un estudiante le dijo repentinamente: “Tengo más que suficiente almuerzo por hoy, ¿quieres ayudarme a terminármelo?” Carlota, muy agradecida por la inesperada provisión, suspiró una oración de acción de gracias. Tarde esa noche, la cocinera de la pensión donde vivía le hizo la misma pregunta: “Todas las diaconisas ya han comido y hay mucha comida de sobra. ¿Quieres comer algo?” “Gracias, sí por favor,” exclamó Carlota radiante y oró en silencio en su corazón. La cocinera añadió: “¿Por qué no cenas con nosotros todas las noches? Parece que siempre sobra comida.” Ya el corazón de Carlota se desbordaba: “¡Oh, que Dios tan fiel eres, que siempre tienes cuidado de alimentar a Tus hijos!” La siguiente mañana encontró un sobre con su nombre en la mesa del laboratorio en la escuela de medicina. Cuando lo abrió, tuvo que mirar dos y hasta tres veces porque no creía lo que veía. Una compañera estudiante le había dado un gran regalo monetario. Sorprendida, Carlota le preguntó: “Bárbara, ¿cómo puedes darme tanto dinero?” Bárbara respondió: “Es el diezmo de la beca que recibí del gobierno para estudiar medicina aquí. Cuando le pregunté a Dios, Él me mostró que debía dártelo a ti.” “Yahveh jireh (Dios provee)”, pensó Carlota. Esa tarde, fue finalmente a la encargada de la pensión y le preguntó el precio de su alojamiento. Aliviada y un poco orgullosa, puso el dinero en la mesa, le agradeció y salió de la oficina con alegría. En los siguientes días, usó el regalo monetario para comprar libros de medicina e instrumentos que necesitaba. Sabía que ese dinero no duraría para siempre. Sin embargo, comenzó a aprender respecto a la gran garantía que puede tener una persona de que nuestro Padre Celestial sabe lo que necesitamos y de que Él proveerá para Sus hijos. Dios tocó el corazón de otros cristianos alrededor del mundo, y ella comenzó a recibir dinero de Estados Unidos, Suiza, Holanda, y del este y oeste de Alemania. Fue como una lluvia de bendiciones que le permitió vivir dependiendo sólo de Dios para su provisión financiera, sin pedirle a la gente nada ni mencionar sus necesidades. Antes de iniciar su misión en una tribu, Carlota ya había aprendido a vivir por fe, y que Dios proveía para sus necesidades sólo a través de la oración. Con el correr de los años, Dios siempre le proveyó fielmente para Su hija, quien lo amaba y confiaba plenamente en Él.

“Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.” (Salmos 6:8)

Dios guarda nuestros caminos

1962

Tras finalizar su curso de medicina, Carlota fue a Suiza a aprender más de la disciplina con un doctor que era amigo y creyente. Tenía un año de estar allí cuando recibió el llamado a ser misionera en Panamá. Tras una visita hecha a Suiza por el director de la misión “Nuevas Tribus”, el cual solicitó personal, para sorpresa de Carlota fue aceptada como misionera prestada por la misión suiza para realizar una obra evangelizadora en un grupo tribal de Panamá. El siguiente año (1962) Carlota viajó a Panamá para establecerse en la estación misionera de Chichica, donde vivía la tribu indígena guaimí. El viaje desde la cabecera de Tolé a la región Chichica duraba ocho horas a caballo. Era la primera vez que ella montaba a caballo. Se sentó en la silla y el caballo notó de inmediato que ella no sabía nada de ese medio de transporte. Así que, el caballo, llamado “Macho”, que era grande y blanco, movió sus orejas hacia atrás, y con Carlota y su carga encima, echó a andar a paso lento por los peligrosos caminos de la montaña. Carlota fijó su mirada en su compañera Leonor, que era una buena jinete e iba guiando el camino delante de ella. Leonor le indicaba lo que tenía que hacer al bajar y subir por caminos muy peligrosos o empinados. En determinado momento, el camino fue demasiado empinado así que decidieron desmontar y caminar, pero fue tan difícil subir, que tuvieron que agarrarse de la cola del caballo. El ardiente sol tropical provocó que muchas veces los caballos se pararan en el camino. “¿No hay sombra?”, se preguntó Carlota. Y se acordó del Salmo 121:5: “Yahveh es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día.” Entonces se cubrió bajo la sombra de Yahveh por fe, y una sombra invisible le dio frescura en el camino. Llegaron al río Cuvíbora, cuyas aguas corrían a mucha velocidad. “¿Cómo llegaremos a la otra orilla?”, pensó Carlota. Leonor se adelantó a cruzar el río montada en el caballo y Macho con Carlota encima, le siguió. Mientras cruzaban, ella recordó la Palabra de Dios en Isaías 43:2: “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo. Y si por los ríos, no te anegarán”. Con la seguridad dada por la Palabra de Dios, Carlota siguió su camino, cruzando ríos y subiendo los cerros por delante.

“Yahveh guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre.” (Salmos 121:8)



Somos portadores de la voz del Evangelio

1962

Como misionera en Panamá, Carlota logró analizar el dialecto guaimí, hablado por más de 50,000 nativos (en el 2018 son más de 300,000). Como no había escritura de este dialecto, Carlota tuvo que aprender cuántas vocales y consonantes había y cómo funcionaba la gramática guaimí para poder escribir esa lengua tribal en letras latinas. Con el apoyo de un misionero de los traductores Wycliffe y la ayuda de un indígena llamado Layo, Carlota empezó a traducir el Nuevo Testamento. Su ayudante le recomendó iniciar con Marcos 5, la historia del gadareno que tenía la legión de demonios. Pero Layo, que había sido atacado en muchas ocasiones por espíritus malos, tiró la Biblia al suelo un día y dijo: “Ya no puedo traducir más”. Dios entonces le envió a Carlota un joven que había terminado el tercer año de colegio, y que con gran entusiasmo le ayudó traducir todo el Nuevo Testamento. Aunque fue Carlota quien realizó la primera traducción del Nuevo Testamento, fue la Sociedad Bíblica de los Estados Unidos, la que terminó de redactar el trabajo por orden de la misión suiza. Luego Carlota se dedicó a traducir algunos himnos de salvación al guaimí, y los indígenas no sólo los cantaban, sino que algunos hasta aprendieron las tonadas tocando la guitarra. Los indígenas estaban entusiasmados porque antes sólo el sukia (brujo) sabía el “kare” (forma de cantarles a espíritus malos). De los himnos traducidos, Carlota hizo tres libritos que, después de hacer copias, regaló en diferentes congregaciones evangélicas guaimí.

“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” (Marcos 16:15)



Su palabra es siempre fiel

1965

Cuando Jesús les habló a Sus discípulos acerca de los últimos tiempos, mencionó que una de las señales del fin del mundo serían las pestilencias y enfermedades que matarían a mucha gente. Carlota y su compañera holandesa vivían en la montaña donde tenían una clínica, pero no tenían radio para enterarse de lo que pasaba en el mundo. Hubo un tiempo en que muchos llegaron a la clínica muy enfermos, y comentaron que en sus casas también estaban enfermos, especialmente con fiebre alta y otros síntomas. Pronto se enteraron que la “gripe de Hong Kong”, que había venido de China en barcos que habían pasado por el Canal de Panamá, se había extendido hacia el norte y el sur de América. Por otro lado, en Europa se diseminó una pestilencia, un “virus” que cubrió casi todo el mundo. Al enterarse de esto, ambas misioneras comenzaron a darles a sus pacientes todos los medicamentos que tenían y que podían tal vez curarlos. Pero en este trabajo, la enfermera holandesa enfermó. Mientras estuvo en cama, Carlota siguió trabajando sola y pensó: “¿Cuándo me va a tocar a mí?” Tomó la Biblia y buscó el Salmo 91:6-7: “...pestilencia que anda en la oscuridad..., caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra, más a ti no llegará...” Se aferró a esta promesa por fe. Las tres veces que le tentó la preocupación, se acordó de la Palabra de Dios, y que es una promesa para los que moran bajo la sombra del Omnipotente. La “gripe de Hong Kong” nunca llegó a tocarla. Carlota les escribió a unas amigas alemanas contándoles de esta protección, y ellas también se aferraron a esas palabras sagradas y mientras muchos a su alrededor enfermaron, ellas no experimentaron el mal. ¡Gracias y gloria a Dios!

“Ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; más a ti no llegará.” (Salmos 91:6-7)



La Palabra es pan de vida eterna

1970

En los ocho años que Carlota y Leonor vivieron en Chichica, realizaron cultos y enseñanzas bíblicas todos los domingos para todo el que quería aprender. La mayoría de la gente no sabía leer porque no había escuelas en las montañas. Con una cartilla en español las misioneras les enseñaron a unos cuantos jóvenes que estaban interesados en el evangelio. La religión de los nativos ya no era muy atractiva para algunos, porque se basaba en el temor a los espíritus malos y al sukia (brujo), contrario al amor de Dios, quien nos dio a Cristo como Salvador de nuestros pecados. Los cultos de una nueva religión llamada “mamá chi” (madre pequeña), también fue perdiendo poder poco a poco, y nuevas iglesias se fundaron en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al pasar el tiempo, las misioneras se dieron cuenta de que algunos que podían ya leer la Biblia escrita en español, pensaban que Dios sólo hablaba en español y no en guaimí, idea que ellas pronto corrigieron. Después de un tiempo, algunos misioneros les dijeron a sus colegas: “Las mujeres no deben predicar”. Pero esto no limitó su labor, ya que había algunos creyentes guaimís que ya sabían leer y ellas funcionaban como pastoras. Debido a que estas misioneras ayudaban y evangelizaban a los guaimíes, mucha gente de la comunidad latina de Tolé las odiaba. Pero Carlota no dejó de ir todos los domingos desde Tolé hasta las iglesias guaimíes “Buenos Aires” o “Alto Caballero”, que estaban a una hora y media o dos horas y media a pie por sendas montañosas. Allí ayudó y escuchó muchas de las predicaciones en guaimí. Al poco tiempo nació también una pequeña iglesia entre los latinos.

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación más ha pasado de muerte a vida.” (Juan 5:24)



La fe sana al pecador

1971

Después de ocho años de vivir en la región de Chichica, la misión decidió que por ser Carlota una mujer, era preferible que viviera en la cabecera de Tolé, pero esto no impidió que ella siguiera en contacto con algunos indígenas. En Chichica, su domicilio lo compartía con otra misionera llamada Leonor. Esa casa era chica: tenía dos cuartos pequeños, una cocina, un cuarto para visitas y reuniones, un cuarto para examinar a los enfermos y otra estancia para labores de dentistería. Aunque las misioneras contaban con el mínimo de equipo y algunos medicamentos necesarios para tratar las enfermedades comunes de la tribu, Carlota descubrió que los indígenas creían que las enfermedades eran causadas por un espíritu malo enviado por el enemigo. El sukia (brujo) de la tribu se encargaba de buscar al enemigo para devolverle la enfermedad. En ocasiones, cuando el sukia no les podía ayudar, buscaban a las misioneras. Algunos casos se curaban, pero otros muy delicados terminaban en muerte. Cuando se mudaron a Tolé, siguieron en contacto con algunos indígenas creyentes y no creyentes, que las buscaban para curar sus enfermedades. En una ocasión, un tío de una familia con ocho niños pronunció una maldición contra ellos: “Todos ustedes vivirán por mucho tiempo”, lo cual en realidad significaba lo contrario. Al poco tiempo murió la niña más chica, después un segundo y tercer miembro de la familia. Cuando enfermó el cuarto miembro, una niña de 12 años, uno de los hermanos la envolvió en una manta para llevarla al sukia que vivía más o menos a dos días de camino. En el camino se encontró con un indígena creyente que le dijo: “Mejor llévasela a las misioneras en Tolé. Ellas podrán sanarla”, y les dio un balboa para el bus. La niña, llamada Minda, estaba inconsciente, pero las misioneras cantaron, oraron y les leyeron la Biblia a ella y a su hermano. La mañana siguiente, Minda abrió los ojos y preguntó: “¿Dónde estoy? Tengo hambre”. No había comido en dos semanas. Comió y se mejoró, y ella y toda su familia aceptaron a Cristo. ¡Gloria a Dios!

“Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiese cometido pecados, le serán perdonados.” (Santiago 5:15)



La oración con fe abre caminos

1989

Aunque las iglesias crecían, Carlota siempre pensaba en cómo llegar con la Palabra de Dios a todos los guaimíes que vivían a grandes distancias en las montañas. La respuesta de Dios fue: “Con ondas de radio”. Sí, con las ondas cortas que habían usado en Marruecos. Cuando se lo comentó a un misionero, él le dijo: “Imposible, para eso necesitamos un estudio, aparatos caros y gente educada”. Pero Carlota oró por cuatro años. En 1989, la misión la mandó a Boquete, un pueblito en la montaña donde muchos indios trabajaban en fincas de café, ya que en Tolé la obra misionera ya no era con tribus, porque las iglesias eran mayormente latinas. La siguiente mañana, cuando Carlota se levantó y se puso a admirar la belleza de la naturaleza a su alrededor, notó que una torre de radio era su vecina más cercana. Casi saltó de gozo. Dios había contestado sus oraciones. El dueño de la emisora aceptó ayudarla con su meta, y un pastor guaimí empezó a compartir dos mensajes evangélicos cada semana. El programa en la estación “Radio Boquete” no llegaba muy lejos, pero cuando el vecino decidió vender la emisora, el nuevo dueño, que era creyente, la mejoró y puso una torre de onda corta sobre el cerro más alto de Panamá, el Volcán Barú. Algunos grupos indígenas distantes se empezaron a reunir en sus casas para oír la radio y así nacieron nuevas iglesias. El programa llegó hasta Costa Rica, pero para muchos guaimíes que vivían allá el evangelio era algo nuevo. Así que la iglesia guaimí de Panamá envió a dos misioneros indígenas a Costa Rica. Y a pesar de las dificultades y de las estrategias de otros movimientos que deseaban deshacer las congregaciones, se lograron establecer algunas iglesias que, aunque eran una manada pequeña, siguieron fiel a su pastor “JESÚS”.

“Y yo os digo; pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.” (Lucas11:9)



Tenemos el ministerio del evangelio

1989

En 1989, Carlota llegó a vivir a Boquete con una familia guaimí a la que formó y evangelizó. Con los estudios bíblicos de cada día esta familia aprendió mucho y luego la ayudaron en la obra evangelística entre niños y familias guaimíes de muchas fincas de café en Boquete. Cada año organizaba clases y escuelitas bíblicas de verano para los niños en las fincas, y también daba clases cada jueves en su casa para los trabajadores guaimíes. Abelina y Sara, que eran parte de esta nueva familia de Carlota, fueron buenas maestras bíblicas para muchos indígenas y para los niños en la escuela dominical de Boquete. El trabajo de Carlota y su nueva familia con la que vivía y evangelizaba, pronto dio frutos, incluso en formación de pastores. En varias fincas de café se congregaban varios grupos guaimíes para realizar cultos con sus propios pastores, que trabajaban en las fincas y les enseñaban la Palabra de Dios.

“A fin de que al abrir la boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo, el ministerio del evangelio, por lo cual soy embajador en cadenas.” (Efesios 6:19-20)



Mi gozo es hacer Tu voluntad

2000

En 1999, Carlota tuvo que tomar una de las decisiones más complicadas en su vida misionera. Por cada cuatro años que estaba fuera de su país natal, la misión le concedía un año para descansar y visitar a familiares y amigos. Fue durante este receso que, estando en Alemania, la misión le dijo que a sus casi 78 años debía retirarse de la obra misionera en Panamá. “¿Es esa tu voluntad?”, le preguntó a Dios. Un versículo al lado de su cama decía: “Él me guiará por sendas de justicia.” La primera condición para saber si volver a Panamá era la voluntad de Dios, era que alguien apoyara la obra en ese país. Pues un pastor de una iglesia luterana aprobó su misión y la aceptó como misionera. La segunda condición era contar con el apoyo financiero para llegar a Panamá. Un día, una amiga inválida le envió una carta con 1000 marcos alemanes, indicando que era para su vuelo a Panamá. La tercera y última condición era tener una compañera de viaje. Una señora llamada Anna Luisa, viuda de un juez, solía orar por muchas misioneras alemanas. Ella le escribió diciéndole que la acompañaría en su viaje a Panamá. Ciertamente era la voluntad de Dios que regresara a Panamá. Su compañera de viaje estuvo tres semanas con ella en Panamá y todos la estimaron mucho. Carlota se quedó en Panamá y clamó a Dios: “Enséñame, oh Yahveh, tu camino y guíame por sendas de rectitud, para encontrar la voluntad de Dios en cada situación de mi vida.”

“Muéstrame, oh Yahveh, tus caminos; enséñame tus sendas.” (Salmos 25:4)



Amemos a todos sin hacer diferencias

2011

Jesús les dio un nuevo mandamiento a sus discípulos: “Amaos los unos a los otros, como yo os he amado”. Él sabía que ellos se amaban a sí mismos y a veces peleaban entre sí por sus derechos. Esto pasa también entre los misioneros que desean servirle al Señor Jesús. Las misioneras como Carlota son llamadas a trabajar con otras misioneras a las que no pueden elegir. Por ello, en su vida misionera en Panamá, Carlota tuvo muchas compañeras de trabajo que provenían de diferentes países. La primera fue Leonor, que era de Estados Unidos y su ascendencia era sueca. Otras dos con las que trabajó eran de Holanda, cerca de Alemania. También compartió con una misionera de Nueva Zelanda, que, aunque hablaba inglés, provenía de una tribu maorí. Las últimas compañeras en su vida fueron de la tribu guaimí en Panamá. Carlota muchas veces se preguntó cómo debía adaptarse a todas estas culturas y costumbres. Pero Jesús, que venía de una “cultura celestial”, se humilló y se hizo siervo de todos. De esta misma manera, Carlota aprendió a ser sierva de todos y a convivir con otras misioneras, sin importar si sus costumbres culturales eran buenas o malas. Incluso en su obra misionera con la tribu guaimí, tuvo que aprender y adaptarse a las costumbres. En Alemania, la disciplina, la obediencia y el orden son importantes y de gran valor, contrario a las costumbres de la cultura guaimí. Sin embargo, ella educó al que pudo y logró adaptarse y convivir entre ellos.

“Porque éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.” (1 Juan 3:11)



Servir para Su honra y gloria

2011

Después de regresar a Panamá en el año 2000, Carlota ya no volvió a su país natal Alemania, y dedicó sus últimos años a servir a Cristo. En su casa siguió impartiendo estudios bíblicos para grupos de trabajadores guaimíes en áreas cercanas de la montaña. Enseñó mayormente sobre los libros del Nuevo Testamento. Muchos guaimíes aceptaron a Cristo. Para Benjamín, un evangelista guaimí, hermano de Abelina, hija espiritual adoptiva de Carlota, era vital que su pueblo conociera a Jesús, por lo que ayudó a llevar el evangelio y congregó a pequeños grupos indígenas que, por su trabajo en la montaña, no podían asistir a la iglesia local. La primera iglesia llamada “Horeb”, fundada por dos misioneras norteamericanas cerca del área central de Boquete, era mayormente guaimí. Carlota juntó a otros creyentes, ayudó mucho como consejera y logró la “unificación de los latinos con los guaimíes”, ya que algunos latinos—por lo general, jefes de las fincas donde muchos indígenas creyentes trabajaban—no querían congregarse en la misma iglesia. Con el correr del tiempo, el servicio de Carlota, al igual que el de otros misioneros, permitió el crecimiento y establecimiento de muchas iglesias guaimíes, especialmente en la provincia de Chiriquí, Bocas del Toro, Veraguas y Panamá. Carlota siguió llevando el evangelio, a pesar de algunos padecimientos relacionados con su edad. Aunque muchas veces debía permanecer en su casa, decidió siempre servir a Cristo, dando testimonio de su caminar con Él en libros biográficos, que son una bendición en las manos de quien los lea, sea creyente o no. Una amiga creyente alemana, llamada Gertrud Papst, sorprendentemente había guardado las cartas que Carlota le había enviado durante toda su vida, y contenían lo que luego serían los escritos de su biografía cristiana y misionera. Aunque Gertrud inició la organización de estos escritos guardados, fue Timoteo Martin, un estadounidense y servidor de Cristo, quien se ofreció a finalizar la obra biográfica, para lo cual se trasladó con su familia a Panamá. Sin saber alemán, Timoteo logró recopilar y editar el primer libro (en alemán) de Carlota *“Ich Erzähle von Allen deinen Wundern”* (*“Cuento de todas tus maravillas”*), que se publicó a principios del 2011 para la honra de Cristo.

“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.” (Lucas 11:9)

